



**CAMILLA
LÄCKBERG**

**HENRIK
FEXEUS**

**EL
MENTALISTA**

ATRÉVETE A DESCUBRIR LA VERDAD

 Planeta

CAMILLA LÄCKBERG
Y HENRIK FEXEUS

EL MENTALISTA

Traducción de Claudia Conde Fisas

Läckberg, Camilla
El mentalista / Camilla Läckberg ; Henrik Fexeus. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.
720 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Claudia Conde Fisas.
ISBN 978-950-49-7642-4

1. Narrativa Sueca. 2. Novelas Policiales. I. Fexeus, Henrik.
II. Conde Fisas, Claudia, trad. III. Título.
CDD 839.73

Título original: *Box*

© Camilla Läckberg y Henrik Fexeus, 2021
Publicado de acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia

© por la traducción, Claudia Conde Fisas, 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Derechos reservados de esta edición

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: abril de 2022
5.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7642-4

Impreso en Arcángel Maggio - División Libros,
Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o
por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Nerviosa, Tuva tamborilea con los dedos sobre la barra. Todavía está trabajando en la cafetería de Hornstull, aunque en realidad ya debería haber salido. Un cliente que acaba de sentarse en un rincón la observa irritado y ella le lanza una mirada asesina. Se esfuerza por memorizar su cara. La próxima vez que venga, en lugar de un corazón, le dibujará un dedo corazón levantado en la espuma del capuchino.

Se pone de muy mal humor cuando se le hace tarde, y esta vez se le ha hecho tardísimo. Sin pensarlo, se coloca el pelo rubio detrás de las orejas. Hace media hora que tenía que haber recogido a Linus en la guardería. A estas alturas, está inmunizada frente a las caras largas de los educadores; las ha visto demasiadas veces y ya no la afectan. Pero su hijo de dos años se pondrá triste, y a Tuva no le gusta nada entristecer a ningún niño, y mucho menos a Linus. No sabe cuántas veces ha dicho y repetido que estaría dispuesta a morir por él. El caso es que, en la práctica, no siempre es tan sencillo, aunque los dioses son testigos de que ella lo intenta. Se deja la puta piel en el intento.

Abre la puerta del armario del material de limpieza, se quita el delantal y lo echa en un cubo desbordado de ropa para lavar. No puede irse antes de que llegue su relevo. ¿Dónde se habrá metido ese hombre?

Martin, el padre de Linus, estaba de viaje el día que nació su hijo. Tuva no se lo reprochó, porque la habían ingresado en el hospital de urgencia, dos semanas antes de lo previsto. Sin em-

bargo, le pareció extraño que no fuera a visitarla durante su estancia en la maternidad. El parto no estuvo exento de complicaciones. No lo recuerda muy bien, quizá por las medicinas que le administraron; solo conserva una vaga memoria de los médicos que cada poco tiempo pasaban a verla para asegurarse de que el bebé y ella estuvieran bien. También tiene un vago recuerdo de Martin y de los breves mensajes de texto que le envió durante los días en el hospital. Le decía que regresaría en cuanto solucionara un par de asuntos que tenía pendientes.

Si bien el recuerdo del parto es confuso, Tuva tiene grabado en la memoria el apartamento vacío que encontró cuando regresó a casa con Linus. Mientras ella daba a luz y luchaba por el hijo de ambos, Martin había recogido todas sus cosas y se había largado. Debían de ser esos los «asuntos» que tenía pendientes. Desde entonces, no ha vuelto a saber nada de ese miserable cobarde. Mejor así, porque probablemente lo mataría si se le ocurriera dar señales de vida.

Siempre han sido Linus y ella contra el mundo, aunque a veces el mundo se interpone entre los dos, como ahora. Daniel, que cubre el turno de tarde, debería haber llegado hace una hora, pero todavía no ha aparecido. Tuva ha tenido que llamarlo por teléfono para despertarlo. ¡A la una y media! ¿Era ella igual de irresponsable a los veintiún años? Tal vez. No es de extrañar que su relación con Daniel no funcionara. Echa un vistazo al reloj.

¡Podría matarlo con sus propias manos!

Se pone el abrigo y el gorro, y prepara dos expresos dobles, uno en taza y otro para llevar.

Es probable que también esta vez se haya tenido que quedar Matti haciendo horas extra para esperarla. Matti es el educador a quien Linus ha empezado a llamar «papá». Cada vez que Tuva se retrasa, la mira como diciéndole que debería pasar más tiempo con su hijo en lugar de trabajar. ¡Gracias por los remordimientos, Matti! Como si no fuera suficiente castigo con ver llorar a su hijo porque no sabe cuándo vendrá a buscarlo su mamá.

Los cafés están listos, justo en el instante en que Daniel entra por la puerta despeinado del todo. El desapacible frío de febrero se cuela con él en el local y algunos de los clientes se estremecen visiblemente, pero Daniel no parece advertirlo. O puede que no le importe. Tuva no entiende cómo ha podido encontrarlo alguna vez ni un poco atractivo.

—Aquí tienes —dice, con toda la frialdad que es capaz de concentrar en dos palabras, mientras le desliza el expreso sobre la barra—. Lo vas a necesitar. Yo me largo. —Sin esperar respuesta, coge su café en vaso de papel y sale a la nieve, que no parece tener la menor intención de fundirse.

Echa a andar a toda prisa y está a punto de derribar a una pareja de ancianos de aspecto frágil.

—¡Perdón! Llego tarde para ir a buscar a mi hijo a la guardería —masculla, sin mirarlos.

—Tranquila, tranquila. Aunque a veces los niños nos sorprenden. Se las arreglan solos mucho mejor de lo que creemos. —El tono de voz es amigable y sin ningún matiz de reproche.

Tuva no responde, pero se alegra de que su torpeza no desencadene una discusión. ¡La gente se ofende con tanta facilidad! Más de una vez le ha sucedido que unos clientes le han reclamado el dinero para la lavandería, más una jugosa compensación, solo por haberles derramado un poco de café encima de la ropa. Por eso Tuva sonríe a la pareja de ancianos y se vuelve a disculpar. Entonces el café que lleva en la mano la salpica un poco y le recuerda que realmente no tiene tiempo que perder. Tras murmurar una última excusa, echa a correr en dirección al metro, mientras se bebe el expreso de un trago. El café caliente le quema primero la lengua y después el estómago. Sabe a química. Casi a medicina. Tendrá que limpiar la máquina. El contraste con el frío de la calle hace que le parezca todavía más caliente.

Cuando haya recogido a Linus, volverá con él a la cafetería y dejará que Daniel le dé todos los bollos y pastelitos que quiera. Se lo merece. ¡Al diablo por hoy con los macarrones y las albón-

digas! Mañana, Tuva se irá de viaje. Pero esta tarde y esta noche las pasará con Linus.

Justo cuando llega a la escalera del metro, sus piernas ceden de repente bajo su cuerpo. Lanza un grito y se agarra a la barandilla en el último momento, para no caer. Ha debido de tropezar con algo. Tampoco tiene tanta prisa. No hace falta que llegue a la guardería cubierta de cardenales.

Intenta incorporarse, pero es como si no tuviera huesos en las piernas. Los pies no la sostienen. Está aturdida, se siente mal. Parece como si fuera a desmayarse. Es la misma sensación que tuvo en la maternidad, cuando le dieron medicinas para el parto.

«Linus. Ya llego.»

Trata de levantarse, apoyada en la barandilla, pero es como si sus brazos midieran varios kilómetros. La barandilla se cierne muy por encima de su cabeza y ya no sabe cómo hacer para que le sirva de apoyo. Unas manchas oscuras bailan en la periferia de su campo visual. De repente el mundo da varias vueltas sobre sí mismo y una vocecita interior la advierte de que está cayendo por la escalera. Pero ella no siente absolutamente nada.

Lo primero que nota al despertar es el dolor en las articulaciones. Su postura no es cómoda. Mueve los labios y se aclara la garganta. Tiene la boca seca y nota restos de un sabor tenue que no reconoce. Tarda unos segundos en recuperar por completo la conciencia, y solo entonces se da cuenta de que ni siquiera está acostada, sino arrodillada y sentada sobre las pantorrillas, levemente echada hacia delante. Está rodeada de paredes. Incluso por arriba siente la presión de una superficie dura.

Es como si se encontrara en el interior de una caja en la que cabe a duras penas.

El dolor es demasiado intenso para que sea un sueño. Pero tampoco puede ser la realidad. No es posible. Sin embargo, el olor a madera es real. La luz se filtra a través de pequeñas grietas

y forma rectángulos sobre sus piernas y brazos desnudos. ¿Desnudos...? ¿Dónde está su ropa? No solo echa de menos el abrigo, sino también la sudadera con capucha. ¿Y los vaqueros? Alguien la ha desvestido. Solo lleva puestas las bragas y una camiseta. No puede ser verdad.

Chasquea los labios. Sigue notando el sabor a química. Debía de haber algo en el café. Alguien ha debido de echárselo sin que ella lo notara. Y estaba demasiado estresada para reaccionar. Se lo ha bebido todo de un trago.

Siente un hormigueo en la piel cuando la adrenalina empieza a inundarle el cuerpo. Tiene que salir. Grita y empuja con todas sus fuerzas los lados de la caja. La madera cede un poco, pero no lo suficiente para resquebrajarse ni para que la caja se abra. No puede patearla, porque está de rodillas. Solamente puede golpear con los puños las paredes, que están demasiado cerca para coger impulso. La luz que ha distinguido en uno de los costados se apaga de repente. Hay alguien fuera.

—¡Sáqueme de aquí! —grita—. ¿A qué espera?

Nadie le responde. Sin embargo, siente la proximidad de una respiración. Grita una vez más, pero el silencio vuelve a ser igual de denso y amenazante. Un escalofrío le recorre el cuerpo. Golpea las paredes de madera con energía renovada, pero la estrechez del espacio le impide hacerlo con suficiente fuerza.

—¿Qué quiere de mí? —ruge, mientras parpadea para apartarse las lágrimas de los ojos—. ¡Déjeme salir, por favor, para que podamos hablar! ¡Tengo que ir a buscar a Linus!

Se mira la muñeca. El reloj de pulsera tiene el cristal roto y las manecillas se han detenido a las tres en punto. Matti ya la habrá llamado. Puede que se esté preguntando dónde está. Quizá haya empezado a buscarla. En cualquier momento aparecerá para sacarla de la caja... Aunque, pensándolo bien, no es la primera vez que llega tan tarde a buscar a Linus. Otras veces se ha retrasado aún más.

Nadie la está buscando, porque todavía nadie la echa de menos.

Nadie sabe que la han secuestrado.

¿Secuestrado? El significado de la palabra cala en su mente y de pronto le cuesta respirar. Un ruido metálico resuena cerca de la caja y la sobresalta.

—¿Hay alguien ahí?! —grita.

A través de una de las ranuras que se abren en la parte baja de la pared izquierda, asoma un objeto plateado y de aspecto afilado. Parece la punta de una espada. La hoja de metal penetra despacio en la caja. Tuva intenta apartar el muslo, pero no tiene espacio. No se puede mover. La punta de la espada le alcanza el muslo y presiona con fuerza contra su piel. Le hace daño, aunque la hoja no está tan afilada como parecía.

—¿Qué hace? —aúlla—. ¡Pare ya, por favor!

La espada sigue presionando contra el muslo hasta desgarrarle la piel y hacer aflorar una gota de sangre. El movimiento parece tentativo, como si quienquiera que esté fuera la estuviera poniendo a prueba. Tuva grita de nuevo, pero ni siquiera ella misma oye sus palabras. Después, la presión cede sin previo aviso y la hoja metálica retrocede unos centímetros.

Se oye un motor que arranca. La hoja de la espada empieza a vibrar y vuelve a avanzar, pero esta vez no se detiene cuando entra en contacto con su pierna. Tuva lanza un alarido cuando le secciona el músculo. La espada penetra todavía más en el tejido muscular, mientras los gritos de Tuva ahogan el ruido del motor. El dolor es inaudito. Explosiones de colores le invaden el campo visual, mientras sus terminaciones nerviosas estallan en llamas. El mundo desaparece y solo queda el dolor. La espada llega al fémur y la vibración de la hoja se transmite al esqueleto, de tal manera que todo su cuerpo se sacude. Involuntariamente, Tuva vomita sobre sí misma y cubre de vómito la espada ensangrentada, que prosigue su avance inexorable a través del hueso hasta seccionar el músculo del otro lado del fémur. La visión de la punta de la espada al atravesar la piel y salir al exterior resulta casi obscena. La sangre brota del hueco recién abierto, y baja por la pierna hasta formar un

charco bajo su cuerpo. Pero la espada no se detiene. Continúa avanzando a través del muslo, en dirección a la otra pierna, y Tuva sigue sin poder moverse.

—Pare, pare, por favor —suplica entre sollozos—. Tengo que recoger a Linus. Llego tarde. Está solo.

Cuando la espada alcanza el otro muslo, Tuva ya está preparada para el dolor. Sin embargo, no le basta con estar preparada. Aúlla con todas sus fuerzas y desea perder el sentido, volverse loca o cualquier cosa que le evite seguir sufriendo.

Pasan varios segundos. Toda una eternidad. Ya no puede ver. La hoja metálica atraviesa por último las dos piernas y la punta sale por una ranura abierta en el costado opuesto de la caja. Ha dejado de vibrar.

Pero el ruido del motor no se detiene.

Tuva siente un pinchazo en la espalda, a la altura del hombro, y entonces se extingue en su interior algo que tal vez era su conciencia o su cordura. Siente físicamente el colapso de esa parte de su cerebro. Comprende que también hay ranuras en la parte trasera de la caja. Intenta echarse hacia delante, para eludir la espada, que ya le toca el hombro, pero el movimiento le produce un estallido de dolor todavía más intenso en los muslos. Sin embargo, ella ya no está en la caja. Está en la maternidad, luchando por la vida de su hijo. O en la cafetería, donde por suerte le han dado trabajo. Está enrollándose con Daniel. O hablando con Martin, que le dice que la quiere. Oye el ruido de los cartílagos y tejidos al desgarrarse, y recuerda que Linus se ha acostumbrado a llamar «papá» a Matti.

Entonces baja la vista y ve cómo se le abomba la piel debajo de la clavícula, antes de que asome la punta de la espada. Parece un truco de magia. Tuva es la ayudante del mago, y pronto el público la premiará con sus aplausos. Lo ha visto por televisión. La sangre que mana de su pecho le tiñe de rojo la camiseta, mientras la hoja metálica sigue su camino hacia una de las ranuras del frente de la caja. El olor a hierro es abrumador.

Delante de ella, los ojos azules de Linus.

«¿Tú también me vas a abandonar, mamá?»

Un gemido agudo le brota de la garganta cuando intenta hablar.

—Por favor. Llego tarde.

Fuera de la caja, alguien mueve algo. Una de las ranuras delante de su cara se oscurece. Otra espada. La tercera. No hay más de diez centímetros desde la ranura hasta su cabeza. Las dos espadas que ya la atraviesan evitan que se desplome.

—Ya basta —susurra.

La hoja metálica avanza poco a poco, pero la distancia es muy corta. Tuva ve brillar la punta, hasta que está demasiado cerca y ya no puede enfocar la imagen.

«Linus. Perdóname. Mamá te quiere.»

Se estremece cuando la espada le roza el lagrimal, junto a la nariz, antes de seguir su avance y pincharle el ojo. Algo húmedo se le derrama por la mejilla y entonces se queda ciega del ojo derecho. Pero no siente ningún dolor. Al menos ya no siente el dolor.

«¿Por qué huele a quemado?»

Es lo último que piensa Tuva.

Después, la espada se hunde en su cerebro.